

¿FIN DE LA PRIVACIDAD?

CARLOS A. GARCÍA M.

“Cada ser es distinto de todos los demás.
Su nacimiento, su muerte
y los acontecimientos de su vida
pueden tener para los demás algún interés,
pero sólo él está interesado directamente en todo eso.
Sólo él nace. Sólo él muere.
Entre un ser y otro ser hay un abismo,
hay una discontinuidad”.

Georges Bataille

Decía Octavio Paz que la conciencia, el sabernos solos es uno de los rasgos fundamentales de la existencia humana¹. Solos... La angustia es profundamente intensa. De pronto la sensación de sentirnos arrojados, sin más, a un mundo lleno de otros seres similares pero lejanos, totalmente distintos al ser que somos, desemboca en un miedo a... ¿algo en particular? En realidad es un miedo a nada: soy, estoy aquí sin haberlo decidido, cambio y todo lo que me rodea cambia, me muevo y hablo, pero... ¿por qué?, ¿para qué? Todo lo que siento y pienso... ¿a dónde irá? Pero esa soledad en tanto parte constitutiva del ser que somos nos define, nos protege, nos otorga una identidad. Identidad frente al otro que no somos.

Sin embargo, al mismo tiempo, la discontinuidad de que habla Bataille alimenta una esperanza, yo diría la esperanza: el encuentro con otro. Así, la existencia humana es, también, el deseo de salir de sí mismo y resolver la soledad en la búsqueda de la continuidad perdida. Dualidad en cada ser humano: el temor a la muerte y la fascinación que ella misma nos ocasiona. Porque, según el autor francés, el encuentro con otro que tanto anhelamos deriva no en una comunicación total con ese otro, sino en la violencia última que obsesiona la vida humana: la muerte. Fusión irremediable no con el otro similar sino con el ser.

“Somos seres discontinuos, individuos que mueren aisladamente en una aventura ininteligible; pero nos queda la nostalgia de la continuidad perdida. Nos resulta difícil soportar la situación que nos deja clavados en una individualidad fruto del azar, en la individualidad perecedera que somos. A la vez que tenemos un deseo de que dure para siempre eso que es perecedero, nos obsesiona la continuidad primera, aquella que nos vincula al ser de un modo general”².

Destino es encontrarse en un mundo que, hasta nuestro nacimiento, no construimos y, a partir de él, descubrimos, modelamos, imaginamos y reinventamos. *Libertad* es posibilidad de decidir si permanecemos dentro de nuestro propio ser o si salimos en busca de otro. Destino y libertad, conciencia

¹ Paz, O. *El laberinto de la soledad*, p.175.

² Bataille, Georges, *El Erotismo*, p. 19.

y deseo³. “*Cada hombre es el autor de su propia vida*”⁴, y cada uno, o cada grupo, inventan la forma de concebirse, concebir a los otros y concebir al mundo de un modo particular. La Modernidad es una de las diversas respuestas que se han encontrado para vivir, pensar y actuar. Y, a diferencia de otras, uno de sus principios básicos radica en la exaltación de la propia soledad.

1. Las Transformaciones Modernas

En la Modernidad, la historia de lo privado –sitio de recreación para lo íntimo como privacidad– es la historia de la burguesía y de sus conquistas tanto económicas, gracias al liberalismo, como político-democráticas. Especialmente, la historia de la conquista del derecho a la propiedad privada como institución moderna, inalienable de los individuos.

1.1 Las metamorfosis

El tiempo es lineal. Del tótem y el tabú se transita al paradigma de la ciencia. No hay verdad con dogmas sino que es época de contradicciones en un avance de aceleramiento y lasitud. Ordenar, transformar, acumular son los verbos que distinguen esta época. Es la ruptura con las tradiciones en busca del hábito perecedero. Es el nacimiento de la cotidianidad citadina como nicho de la vida, también es la crítica de las creencias: verter la razón al mundo y el mundo al individuo. Es todo en fragmentaciones auténticas y autónomas pero integradas. Es inaugurar nuevas costumbres aunque éstas mismas sean parte de lo que igualmente se refuta. Es la idea de perder los miedos a deidades milenarias para luego ungir el conocimiento como salvador del hombre: hacer del conocimiento el pábulo al progreso. Es ser moderno para hacer modernidad. Son los tiempos que avanzan sobre directrices sin retorno, sobre trazos ya no elípticos ni circulares de la época antigua. Es la modernidad completa y disgregada, razonable y científica pero paradójicamente enrarecida por sus formas misteriosas, la contradicción presente.

La modernidad es un cambio de siglos –de las resacas feudales del siglo XV, sobre todo en países latinos, hasta consumir la génesis en el siglo XVIII con la Revolución Industrial inicialmente en países sajones– son generaciones enteras las que mueren durante la transición de modos de producción feudales a modos de producción capitalista, de buscar refugio a las invasiones bárbaras a formar parte en empresas de expansión y colonialismo, de un mundo teocéntrico al mundo antropocéntrico, de la absoluta verdad fruto de la fe y la religión a la incertidumbre perpetua de la razón y la ciencia, de los miedos adjuntos a un mundo plano a la realidad de un planeta esférico, de las hogueras de la Santa Inquisición a los tribunales donde se protege el estado de derecho, de aristocracias a burguesías, de monarquías a democracias liberales, del cultivo de tierras ajenas a la venta de la mano de obra, del hacer artesanal al producir industrial y –entre metamorfosis y

³ Paz, O. *El arco y la lira*, p. 203 ss.

⁴ Auster, Paul, *El Palacio de la Luna*, p.17.

reacomodo de sentidos o significados– de una era sin más privilegio que la subordinación a un estadio de dudas, búsqueda y certezas... pienso, luego soy.

Irrumpen formas diferentes de interacción social, de relaciones interpersonales. La concepción misma de la humanidad se ordena bajo ópticas distintas. La idea del hombre se ubica al centro de toda acción, se pretende valorarlo y a la postre hasta se le reconocen derechos inalienables que por el simple hecho de nacer le son legitimados. Los medios para subsistir se transforman, se transforman las villas en urbes, los talleres de confección en áreas de máquinas de combustión: la época de la maquinaria movida por vapor. Se transforma la vida del campo a la mendicidad de las urbes grises y monstruosas pero nuevas y modernas. Todo crece, todo avanza, son siglos de sorpresa por las invenciones que se fraguan después de compilar los conocimientos generados en los últimos dos mil años: el progreso llega, irrumpe y atropella. El tiempo sigue y en cosa de instantes se hace lejano e irreversible.

Somos tiempo encarnado, al igual que nuestras sociedades hechas de historia. Expresión con la que Manuel Castells relaciona la concepción moderna del tiempo con las manifestaciones características de esta época. Al ser el tiempo una línea sin retorno se constituye como una fuerza irreversible, pero al mismo tiempo en tanto rutina dentro de las lógicas de producción es predecible. En la sociedad industrial –momento moderno por definición– el tiempo adquiere un valor cuantificable, es susceptible de medición con base en criterios de productividad, se subordina al cronómetro la actividad laboral y el artesano antiguo –esperanzado en subsistir a través de su producción– ahora y después de la metamorfosis moderna es obrero y vive para producir. El tiempo se consume y vale oro: somos tiempo encarnado.

En la modernidad el tiempo avanza y no concluye. Pero tampoco tiene vuelta, pasa por las tradiciones y las conductas, nos arrincona al vértigo de lo actual, lo contemporáneo y por ello efímero. Nos hace víctimas del aceleramiento, de los ritmos de vida guiados y cautelados por las manecillas del reloj: horarios laborales, horarios de esparcimiento y recreación, horarios para comer, para dormir, para... horarios para todo porque todo está inmerso en la dinámica de progresar y evolucionar. Cualquier retraso es pérdida, cualquier freno representa antigüedad. Ya padecemos los estragos de una sociedad industrial.

Es precisamente el Renacimiento luego la Ilustración, fenómenos históricos que antes de las transformaciones del tiempo y el entorno sientan las bases de las metamorfosis modernas. Tomando en cuenta que el entorno nos determina es necesario ver cómo las transformaciones modernas en la miríada de sucesos durante varios siglos conformaron imágenes del crisol que ahora se ha convertido la modernidad.

1.2 Renacimiento e Ilustración: Bastiones de Modernidad y crítica al Medioevo

“Se rompen nuevos límites,
se destruyen nuevos mitos y ‘tabús’.
El espíritu humano, entumecido,
se despreza después de la larga noche”.

Walter Montenegro

Con el deterioro natural de la Edad Media y con el avance de las ideas se trazó el camino para retomar la lectura de los clásicos de la cultura greco-romana. En este sentido, fundamental se presenta el diseño de la imprenta de Gutenberg por el año de 1436 con lo que favorece la difusión del pensamiento y la cultura, además de que rompe, de un tajo y para siempre, el monopolio religioso de las letras. Newton en 1687 no desconoce los cálculos de Tales de Mileto; Nicolás Copérnico sabía de los errores en la astronomía de Ptolomeo; Maquiavelo en el siglo XVI, para escribir *El Príncipe*, acusa de conocer sobre soberanía, monarquía, república y política, desde retóricas socráticas y aristotélicas. Por igual, se reaniman las teorías atomistas de la materia o se escriben tratados de anatomía basados en los griegos antiguos. Y en las manifestaciones culturales –sin arrancarse por completo las ideas sacras del medioevo– se saturan de analogías, metáforas y representaciones rescatadas de la mitología griega, basta como muestra la escultura de Miguel Ángel, el David, del año 1504, que en las formas del cuerpo y en la expresión completa de la pieza, hay signos de lo que en su momento fue un atleta vencedor durante los Juegos Olímpicos de la vieja Atenas. Así es el Renacimiento, luego del hartazgo hacia la reproducción de escenas bíblicas y del conocimiento dogmatizado, se volvió a los clásicos y con ello a teorías donde el ser humano era rector y principal sujeto de la vida.

Con el Renacimiento se acercan las ideas del humanismo al mundo occidental. Los descubrimientos de nuevas tierras y la apertura de concepciones geográficas y cosmológicas generan optimismo y a la vez credulidad acerca de los nuevos tiempos, los horizontes del intelecto se amplían hasta las utopías del Nuevo Mundo, es momento para eliminar los desgastados sistemas feudales, aunque no hay, aún, quién tome estas ideas como bandera –el nacimiento de la burguesía como alteridad entre siervos y feudales o religiosos aún está en gestación– pero de cualquier forma la libertad es un horizonte que, sin seducir aún, se acerca a los hombres conocedores de la cultura clásica. Son los tiempos de Tomás Moro, son los tiempos de la Utopía.

La Edad Media se erosiona para dar paso al Renacimiento y éste, a su vez, a la Ilustración de fines del siglo XVII. El método, el orden del conocimiento, la razón llevada al terreno diurno configuran la nueva realidad; de la mano van las transformaciones en el terreno de la subsistencia material. Todo confluye hacia la inercia, es el pábulo a la modernidad, es el siglo XVIII, el Siglo de las Luces.

Renacimiento e Ilustración acaban con la Edad Media porque conocimiento y libertad eran dos ideas necesarias, atractivas y a la postre de los años peligrosas para quienes detentaban el poder. La evolución misma del ser humano hacia la búsqueda de estadios superiores donde los hilos de interacción fueran más reales, sin dogmas y cadenas, hizo de la Edad Media una experiencia en el fondo amarga.

En lo político, como en lo cultural y lo científico no existió soberanía más que para el señor feudal, su séquito, ascendencia o descendencia, y para las autoridades religiosas. No existió lo público, en sentido romano, y tampoco el ejercicio de la política comprendida desde el sentido griego y en especial aristotélico vista no sólo como la toma de decisiones apelando la defensa del interés común, sino también como la realización del individuo a través de la palabra y la acción como memoria: discurso, retórica y virtud. Los señores feudales de la Edad Media dentro de sus tierras derriban las últimas evidencias del derecho romano y por tanto del equilibrio entre interés público y privado (con ello el viejo axioma de que por encima del interés privado prevalece el interés público)⁵. En los señores feudales no vive la idea de hacer política –mucho menos de auto realizarse a partir de ella o de tomar decisiones orientadas hacia el interés común– vive la necesidad de sustentar el poder, el monopolio de la fuerza, la coacción y la soberanía.

Lo público: Lo del pueblo, para el pueblo y por el pueblo⁶. No se llevó al ejercicio porque por pueblo no se entendía ni ciudadanos (individuos con derechos a la par de obligaciones), idea completamente ateniense, y mucho menos se entendía como pueblo a la turba de siervos, vistos como bien adjetivo a la propiedad de la tierra. Sólo existía, durante la Edad Media, el derecho de clase, el derecho del más fuerte. Reitero, no había soberanía:

“Los conceptos de Estado y Soberanía habían desaparecido casi por completo. Los feudos eran gobernados de conformidad con ciertas prácticas de costumbre, pero el último análisis a voluntad del señor. Y, aunque, algunos tratadistas sostengan que determinadas normas paternalistas regían estricta y justicieramente las relaciones entre señores y siervos, la verdad es que nada, sino la índole personal del señor, daban un tono magnánimo o despótico a dichas relaciones. Una medida de lo ilimitado de las prerrogativas señoriales era el llamado ‘derecho de pernada o prima nocti’ en virtud del cual el señor tenía prioridad en la noche de bodas de sus siervos. (...) Imperaba un rígido e inquebrantable sistema de clases sociales. El señor era el amo absoluto; el siervo, muy poco más que una simple parte de la propiedad de la tierra”⁷.

El Renacimiento y la Ilustración –a sus modos y tiempos, pero ambas marcan rumbos lejanos a la Edad Media, en ocasiones muy próximos a modelos ideados en la vieja Grecia pero siempre orientados hacia construcciones nuevas, innovadoras, a veces irreverentes y transgresoras, pero, indiscutiblemente revolucionarias.

⁵ Bobbio, Norberto, *Estado, gobierno y sociedad*, p. 28.

⁶ Gómez de Silva, Guido, *Breve Diccionario Etimológico*, p.171.

⁷ Montenegro, W. *Introducción a las doctrinas político económicas*, p. 32.

1.3 Liberalismo. La institución de la propiedad privada

El liberalismo es la respuesta –económica principalmente– a las estructuras vencidas pero aún con vida de la Edad Media. Los señores feudales ante el debilitamiento o abandono de la producción agrícola y el auge de las urbes —y con ello de clases diferentes como la burguesa, poseedora de los medios de producción (equipo, instalaciones, maquinaria) y los proletariados, hermanos ciudadanos de los siervos (los trabajadores de la tierra de los feudos)— tienden a agruparse: se unifican para no ser absorbidos por las fortunas crecientes de los burgueses pero fundamentalmente porque el peligro de perder sus tierras a causa de invasiones por parte de imperios nacientes dentro de Europa misma, está latente. Son factores internos como la irrupción de la burguesía y externos, la configuración de imperios sedientos de tierras, los que trazan el cerco a las estructuras feudales. Al cabo de años, la guerra final la desatarán los burgueses en contra de las castas de sangre: las aristocracias acatarradas de títulos de nobleza y de poder.

Las transiciones de la época moderna son matizadas, en gran medida, por la aparición del liberalismo. Doctrina económica que repercute y modifica las estructuras de producción y vida de su momento pero también marca tendencias que durante siglos han tenido continuidad.

En la bipartición sociopolítica del medioevo, aparece por un lado el señor feudal dueño de la propiedad de la tierra y consigo de los adjetivos que la acompañan como lo representan sus cosechas y los siervos que las trabajan; de la mano de esta valencia, está el poder religioso que a través de interpretaciones tendenciosas de sus libros sagrados impone prohibiciones y explota los miedos de una sociedad abundantemente inculta; y aparecen también en la contra parte, los artesanos y los mismos siervos.

Dejar hacer, dejar pasar. Es la idea de no contener las dinámicas naturales del mercado y de no limitar al ser humano. En el terreno de lo social, implica romper los grilletes que representan los dogmas religiosos los cuales hasta un par de siglos atrás habían soterrado las inquietudes humanas como el conocimiento y la duda. Es llevar al hombre hacia un escenario diferente pues entre religión y represiones feudales nunca se había encontrado bajo el dominio de sí mismo. Dejar hacer: construir, crear y transformar para dar paso a la iniciativa individual. Dejar pasar: eliminar barreras arancelarias, fronteras y tarifas con el fin de un natural flujo de mercancías y propio equilibrio del mercado.

El trabajo era muy sucio para las castas de sangre, las viejas aristocracias rezagadas y premodernas de la época no hallaban dignidad o decoro al realizar labores de producción; además, éstas tenían ya mucho de qué ocuparse con su unificación respectiva en pleno avizoramiento de imperios y pugnas. Los antes siervos, ahora volcados a las urbes y constituyéndose como proletariados –quienes vendían su fuerza de trabajo a cambio de un salario fijo– resultaban frecuentemente muy enajenados en las arbitrariedades del tiempo como para hacerse o imaginarse poseedores. Amasaron, con base en las doctrinas económicas del liberalismo, sus fortunas

y con ello el derecho implícito de exigencia de poder para después y apoyados en argumentos democráticos, exigir una nivelación de poderes frente a la aristocracia.

Ahora —y sin castas de sangre de por medio— la riqueza debía de transitar y fluir porque allí, en la liberación de flujos y conceptos: dejar hacer, dejar pasar; radicaba la riqueza de las naciones.

Libertad, igualdad, fraternidad. Ideas enunciadas en la Revolución Francesa de 1789, son el preludio de un nuevo ordenamiento político, cambio drástico, porque si la modernidad es transformación, las conquistas del siglo XVIII son las bases modernas de ese orden. En 1776 la Revolución Norteamericana apela a la justicia divina y apunta: Todos los hombres nacen iguales; que a todos les confiere su Creador ciertos derechos inalienables entre los cuales están la vida, la libertad y la consecución de la felicidad⁸.

“La Revolución Norteamericana (1776) y la Revolución Francesa (1789) fueron fenómenos típicos de esa subversión de la clase media. En los Estados Unidos, la revolución sirvió para echar abajo, en la tierra franca y fértil de un nuevo mundo, las trabas económicas erigidas por la metrópoli (Inglaterra) en el camino de los hombres que se habían jugado la vida por la libertad. En Francia, el largo preparativo filosófico y económico del liberalismo culminó con la conquista, en las calles de París, del derecho del hombre a pensar y enriquecerse. Se decapitó para ello a una nobleza decadente, estéril y ciega, que apenas logró hacer acopio de fuerzas para morir con dignidad. Los desarrapados, los sans-culotte que lucharon denodadamente por la revolución no vivieron lo suficiente para saber que aquella revolución no era la suya sino de una clase media, de burguesía, que no cambiaría su condición de sans-culotte”⁹.

El siglo XVIII es el de la irrupción de conquistas sobre el eje de lo político. Como contagio y siguiendo los trazos de las revoluciones pioneras, el siglo XIX presenció movimientos libertarios y heroicos en América Latina. La esencia: libertad y pleno ejercicio de la soberanía. Sin embargo, representa sobre todas las cosas, la liberación de la clase media, la revaloración del hombre, de la dignidad humana y de las expresiones de la libertad.

“El hombre no sólo tiene derecho a ser libre. Tiene también derecho, un derecho a su condición de hombre y de ciudadano, a liberarse de la necesidad, en vez de que esa liberación sea un simple accidente que puede o no ocurrir en la evolución del fenómeno económico. Así como a la justicia, tiene derecho al pan de cada día. Porque si es cierto que ‘no sólo de pan vive el hombre’ no es menos cierto que ninguna doctrina política, moral o religiosa ha inventado todavía la forma de vivir sin pan”¹⁰.

Al final de todo, la historia de la modernidad no fue únicamente la historia de los cambios, evoluciones, transformaciones y conquistas del ser humano. Fue la historia del nacimiento de la burguesía como clase. Definidos por Marx en el siglo XIX como los detentadores de los medios de producción:

⁸ Montenegro, W., *Ibidem*, p. 63.

⁹ *Ibidem*, p. 72.

¹⁰ *Ibidem*, p. 75 ss.

máquinas de vapor, fábricas de ropa o calzado, minas y, en sí, de la actividad comercial, son quienes nacen dentro de un orden sumamente social rígido sin cabida a movimientos propios de los menesteres de la época.

Se definen las alteridades modernas. Una nueva relación se exige entre Gobierno y gobernados, Estado y sociedad, y en su morfología primaria, entre las competencias de lo público y los espacios de lo privado.

2. Público y Privado

El análisis de la transformación del espacio público y el espacio privado a través de la historia resulta complejo en tanto que en él interviene el estudio de muy diversas formas de organización social. Las sociedades “premodernas” no constituyen, evidentemente, un todo homogéneo en el que las instituciones sociales hayan permanecido estáticas hasta la época en que se gestó la edad moderna. Al contrario, las sociedades cambiaron –y cambian– en cada tiempo y espacio de acuerdo con los diferentes modos de entender al mundo y la manera en que los bienes son producidos e intercambiados.

2.1 La relación público y privado en los antiguos

En el pensamiento griego, según Hanna Arendt¹¹, existía una definida separación entre la vida pública y la vida privada de los individuos. La primera era la manifestación de la naturaleza humana en cuanto tal, pues sólo a través de su *bios politikos* el hombre ponía en práctica las facultades más elevadas de todas, aquéllas que lo distinguían de los demás animales: acción y discurso. Así, las actividades relacionadas con la organización de un mundo común o, dicho en una palabra, la política, presuponía que quienes participaban en ella eran hombres libres y no esclavos o bestias. Era “la esfera de la libertad”¹².

En contraste, la vida privada de los hombres se desarrollaba dentro del régimen familiar. Éste resultaba directamente de las necesidades básicas de las personas, quienes buscaban el trabajo y la unión con otros para satisfacerlas. Así, la única misión del espacio privado, como asociación natural o primitiva, consistía en la preservación de la vida física. El pensamiento griego asumía como axioma el hecho de que la tarea del varón giraba en torno al mantenimiento individual –proporcionar la alimentación– mientras que la mujer debía cuidar de la conservación de la especie –dar a luz–.

El espacio público no entraba en relación con el privado: condición básica de la participación en la *polis*, el hombre debía poseer una casa como signo y expresión de que su vida estaba asegurada. El mundo público no amenazaba, pues, de ningún modo el orden doméstico, en el que el señor, dicho sea de paso, mandaba de forma ilimitada (poder despótico). De ahí que ambas esferas fueran opuestas: en la familia, el hombre no actuaba verdaderamente como ser humano libre, –sin mandar y sin ser mandado, como en la *polis* – estaba, pues, «privado» de una parte esencial de su condición.

¹¹ Arendt, Hanna, *La Condición Humana*, p.39 ss.

¹² *Ibidem*, p. 43.

2.2 Los modernos

En su brillante obra *Historia y Crítica de la Opinión Pública*, el teórico alemán Jürgen Habermas explica con detalle en qué consistió y cómo se fue configurando dicha transformación. Basta en este ensayo recordar los resultados más o menos estables de la organización del mundo moderno en general.

“La línea de separación... entre Estado y sociedad escinde a la esfera pública del ámbito privado. El ámbito público se limita al poder público... La «publicidad» propiamente dicha hay que cargarla en el haber del ámbito privado, puesto que se trata de una publicidad de personas privadas. En el seno del ámbito reservado a las personas privadas distinguimos, por consiguiente, entre esfera privada y publicidad. La esfera privada comprende a la sociedad burguesa en sentido estricto, esto es, al ámbito del tráfico mercantil y del trabajo social; la familia, con su esfera íntima, discurre también por sus cauces”¹³.

Los aspectos de la economía y de la vida familiar salen a la luz pública, pero no en el lugar de discusión de los asuntos políticos, sino en un nuevo espacio: la sociedad moderna. La conservación de la vida material se encuentra a cargo del ámbito privado, sí, pero en una esfera que traspasa las fronteras de la estancia de la casa, y apela a los individuos particulares en su calidad de público: lo social. Y es que, con las actividades de la burguesía, el tráfico mercantil va creciendo sin freno hasta abarcar la mayor parte de ese tiempo homogéneo y vacío que se comenzó a medir con manecillas, del que hablé en parágrafos anteriores.

A diferencia de la esfera pública, cuyo gobernante podía ser el rey o el jefe del poder ejecutivo en la modernidad republicana, y a diferencia del régimen familiar que, en la Grecia antigua y en la Edad Media era dirigida por el señor, en este nuevo espacio, gestado apenas hará unos tres siglos, no existe una entidad definida que tenga el mando. El mercado, la sociedad, la «publicidad burguesa»¹⁴, funcionan como un todo cuyas partes se mueven sin la coordinación de una jerarquía identificada. No hay más que la «mano invisible»...

“Los poseedores de mercancías pueden considerarse, en cierto modo, autónomos. En la medida en que se han emancipado de las directivas y controles estatales, deciden libremente de acuerdo con criterios de rentabilidad; y en ese proceso nadie es sometido a obediencia, sino que todo el mundo se encuentra a merced de las anónimas leyes del mercado, regidas, al parecer, por una racionalidad económica que le es inherente”¹⁵.

Al mismo tiempo, los asuntos que conciernen a las relaciones personales se repliegan a un espacio mucho más cerrado, íntimo. Si seguimos al mismo Habermas, observamos que en el centro de la moralidad burguesa, moderna, se encuentra la idea de la libertad de los individuos, junto con la noción de

¹³ Habermas, Jürgen, *Historia y Crítica de la Opinión Pública*, p. 68.

¹⁴ Utilizo el término de Habermas, según la traducción de Antonio Doménach y Rafael Grasa, *ibidem*.

¹⁵ *Ibidem* p. 83 (las cursivas son mías).

que se puede lograr una comunidad amorosa emancipada, así como el desarrollo máximo individual a través de una formación profesional. Libertad, amor, instrucción: consignas fundamentales de los modernos, sobre todo de los llamados románticos.

Lo privado moderno se escinde, de este modo, en una amplia esfera social –por un lado– y en un lugar oscuro, pequeño y puramente personal –por el otro–. Intimidad es privacidad; por ello, la privacidad es el principio de la Modernidad: “...en la actualidad llamamos privada a una esfera de intimidad cuyo comienzo puede rastrearse en los últimos romanos, apenas en algún período de la antigüedad griega, y cuya peculiar multiplicidad y variedad era desconocida en cualquier período anterior a la Edad Media”¹⁶.

Así, Anthony Giddens escribe que la Modernidad impone un proceso de “encontrarse a sí mismo”: búsqueda del sentido de la propia vida y expresión del yo. Es el momento de la subjetividad, del internarse en el sí mismo, conocerlo, y luego darlo a conocer. “La modernidad es un orden postradicional en el que a la cuestión « ¿cómo he de vivir? », hay que responder con decisiones tomadas cada día sobre cómo comportarse, qué vestir, qué comer...; además, tal cuestión se ha de interpretar en el despliegue de la identidad del yo en el tiempo”¹⁷.

No es que por primera vez, en la Modernidad, se haga la pregunta por el sí, por el sujeto –afirma Octavio Paz–, la tragedia griega también lo hacía¹⁸. Pero en ella, el Sujeto no era sin el todo (la comunidad, el orden del universo). Ahí, la diferencia: en la Modernidad el sujeto está... solo. Las angustias desatadas por la existencia son manejadas, en un principio, mediante los diarios personales, el intercambio de epístolas –amorosas–, el escribir y por supuesto, leer una novela. Identificarnos con los personajes ambiguos que habitan en mundos ambiguos y vivir las situaciones, los instantes, relatados por Dostoiévsky, por Proust, por Joyce, es un modo de adentrarse en los terrenos más profundos de la subjetividad.

En el siglo XX y sobre todo, en la actualidad del nuevo milenio, los seres humanos entran y salen de sí mismos a través de las psicoterapias, los grupos y los libros de autoayuda. Giddens insiste: “...no nos hallamos sólo ante una situación de pérdida y esto no significa tampoco que los niveles de angustia hayan de crecer necesariamente. La psicoterapia no es simplemente un medio de hacer frente a nuevas angustias, sino una expresión de la reflexividad del yo”¹⁹. Quiere decir que la mayoría de los aspectos de la personalidad son sometidos a revisión continua, por parte del propio individuo y de quienes lo rodean.

La idea de la emancipación del individuo en la intimidad no es simple ideología, no en el sentido de falsa conciencia, no en el sentido de sueño irrealizable. Gestado en las experiencias propias de la pequeña familia burguesa, la *posibilidad* de sentirse humanos, *ser* verdaderamente humanos,

¹⁶ Arendt, Hanna, *op. cit.*, p. 49.

¹⁷ Giddens, Anthony, *Modernidad e identidad del yo*, p. 26.

¹⁸ Paz, Octavio, *El arco y la lira*, p. 203.

¹⁹ Giddens, Anthony, *op. cit.*, p. 50.

con emociones e independencia de los demás, se ubica ahora –en contraste con el pensamiento aristotélico– en esta estrecha esfera. Aspiración legítima, concepción auténtica del entorno más inmediato.

Y, sin embargo, sólo es posibilidad...

3. Fin de la Privacidad o los Tiempos de la duda

3.1 Fin de la privacidad

Hoy ya no hablamos de la privacidad como un principio de la edad moderna, porque en gran medida nunca lo hicimos tanto. Hoy se habla, seriamente y con evidencias orwellianas, del fin de la privacidad como signo de estos tiempos.

Gracias a la dinámica de cambio y modernización, los límites –antes bien definidos– ahora se han desdibujado. Ni lo público es tan ajeno a lo privado como tampoco lo privado está exento de la supervisión, a veces, invasora de lo público. La democracia moderna exige participación, corresponsabilidad, de los sujetos privados en los asuntos públicos; como al mismo tiempo el Estado, en aras de la protección de la soberanía nacional, se entre mezcla en las rutinas diarias de los individuos.

“En Gran Bretaña, según contaba L’Express, el visitante que acude al barrio de Newham, en Londres, debe saber que no cuenta con ninguna posibilidad de pasar inadvertido. En cada esquina aparece un panel donde se dice: ‘Atención: sistema inteligente de videovigilancia’. Trescientas cámaras callejeras han sido instaladas en esta comunidad de 240 mil habitantes –mayoritariamente de origen extranjero–, transformada en un plató de Gran Hermano. Con el nombre de Facelt ‘mírale la cara’, los dispositivos aíslan los rostros de la muchedumbre a través de las cámaras y los descomponen en una serie de coordenadas numéricas, tomando los ojos como puntos clave. Cada perfil descodificado de este modo es comparado con los ficheros de los delincuentes que se encuentran en la lista de búsqueda policial, y la máquina hace sonar una alarma en caso de coincidencias... Por su parte, en Francia se ha aprobado un programa llamado Prismática, que detecta automáticamente los movimientos sospechosos y los comportamientos potencialmente delictivos en el metro, se trate de gente que atraviesa las vías, camina en sentido opuesto o permanece más de cuatro minutos inmóvil en el andén. En la política, en la moral, en el sexo, el suceso es contemporáneo si posee la condición de la transparencia, exasperado por convertirse, y más desde la matanza terrorista, en el reino de la diafanidad”²⁰.

Sean presidentes y ciudadanos, actores públicos o sujetos privados –pero todos–; unos presos y víctimas de la curiosidad masiva, otros por razones de seguridad en una democracia como ésta del siglo XXI con carácter policial que ante todo está en persecución y prevención a la amenaza terrorista de escalas globales. Pero todos, partícipes o no, integrados o excluidos de las lógicas de la información y comunicación actuales, somos –todos– afectados por la mecánica peculiar de este tiempo. Época nueva para nosotros mismos

²⁰ Vicente Verdú, *El fin de la privacidad*. Artículo Web.

y para la historia entera de la modernidad: los límites y las competencias correspondientes entre espacios públicos y privados, ahora y con rumbo inconsistente, se tornan difusos.

La invasión de lo público en lo privado y viceversa se fue desarrollando conforme los individuos así lo requerían. La «publicidad burguesa», ese espacio en el que los individuos particulares se reúnen en calidad de público de teatros y círculos de lectura, el espacio del flujo mercantil, se convirtió pronto en un espacio de discusión sobre los asuntos “de interés general”. Poco a poco se va formando una esfera social repolitizada dentro de la esfera privada que desarrolla acciones públicas relevantes en la sociedad burguesa y que va entrelazando instituciones estatales y sociales. “Así es como van borrándose las fronteras entre lo público y lo privado”²¹.

Partidos políticos, medios de comunicación, asociaciones no gubernamentales, incluso las instituciones educativas y de salud en manos de particulares, todas en distinta forma se encuentran en el ámbito privado, pero desde él modifican el mundo estatal. Y es que el poder –público– en la modernidad siempre es criticado, modificado, complementado. Por su parte, las relaciones laborales, así como los conflictos dentro de las familias, llegan a ser tan complejos y numerosos que abogan por una intervención del Estado para su resolución. Es así como el derecho público se vuelve privado y el derecho privado se hace público. Habermas se refiere a tal proceso como la “estatalización de la sociedad y la socialización del Estado”²².

Los perímetros se difuminan. Los conjuntos antes separados y en relación ahora se mezclan y se invaden, se ayudan y se amenazan.

¿Cuál, el porvenir? ¿Cómo, las vidas de las personas en el mundo orwelliano que vivimos desde hace ya un par de siglos y que se hace hoy más evidente, burdamente evidente, por el empleo de la tecnología? El Estado invade la intimidad en aras de la seguridad pública o nacional; la sociedad impone reglas, implícitas o explícitas, a los comportamientos personales, los mercadólogos persiguen casi literalmente a los individuos concebidos como consumidores para conocerlos lo más detalladamente posible en términos estadísticos; de igual forma, los periodistas preguntan al Presidente sobre sus relaciones amorosas, sobre los medicamentos que toma contra la depresión... ¿Y lo íntimo? Amenazado, tiene dos vías: o se repliega aún más o sale, se vuelca en los terrenos de lo social ya sin tantos remordimientos, se exhibe, se luce, se desnuda... ¿Podemos hablar de una relación entre los tres ámbitos, pública, social e íntima, cuando tales ámbitos ya se encuentran más bien “revueltos”?

²¹ Ramírez Zozaya, Juan Miguel, “Habermas: historia y crítica de la opinión pública” en *Textos clásicos comentados para un fin de siglo*, p. 403.

²² *Ibidem*, p. 404.

3.2 George Orwell: la ficción de lo real

*"Para el futuro o para el pasado, para la época en que se pueda pensar libremente, en que los hombres sean distintos unos de otros y no vivan solitarios... Para cuando la verdad exista
y lo que se haya hecho no pueda ser deshecho:
Desde esta época de uniformidad, de este tiempo de soledad,
la Edad del Gran Hermano, la época del doble pensar...
¡muchas felicidades!".*

George Orwell

Se dijo que en 1984 fue una dura crítica que se hizo durante la Guerra Fría hacia la Unión Soviética y los estados totalitarios del Siglo XX. Se usó también para criticar al entonces bloque constituido alrededor de los Estados Unidos desde el hemisferio "rojo" del planeta. En tales casos, la obra habría dejado de ser significativa a partir de la caída del bloque soviético y el fin de las dictaduras en el resto del mundo. Se dijo, asimismo, que era un intento de profeta fracasado: la tecnología no nos hace esclavos; al contrario, nos libera. Finalmente, se aseguraba: 1984 es una exageración, porque los seres humanos nunca permitirán que exista tal grado de totalitarismo. ¿Y si más bien es una especie de espejo que agranda los rasgos de las relaciones sociales de la modernidad entera?, ¿si es una forma de mostrar, burdamente, lo que es, lo que está, y cómo está? Un modo de revelar, en una imaginaria sociedad totalitaria, lo que sucede en las sociedades modernas en general, tengan el régimen político que tengan...

"Era un día luminoso y frío de abril y los relojes daban las trece..."²³ Y ese día, un hombre ponía en peligro su vida por escribir una suerte de diario personal. Ese día, un hombre y una mujer se hablaban en medio del bullicio y la multitud casi sin mover los labios y por espacios no más prolongados de media hora. Ese día, un acto sexual daba el sentimiento de cometer un acto político contra el Partido Interior. Ese día era el día del Odio. Ese día todos sabían lo que se podía y no se podía hacer sin llegar a ser «vaporizado». Eran reglas no explícitas, no había leyes. Era un superestado, sin un gobernante al frente. Eran manifestaciones en las calles sin libertad de expresión. "Lo que Orwell entendió con tan intolerable claridad fue la atroz probabilidad de que los sistemas modernos más destructivos hayan emergido, paradójicamente, del mismo impulso por trascender la destrucción: el impulso de la Ilustración"²⁴.

La separación entre lo público y lo privado, entre lo político, lo social y lo íntimo, delineada teóricamente en el párrafo anterior, corresponde más bien a una noción arquetípica de la Modernidad. Igualmente las ideas anotadas en la primera sección de este trabajo. En realidad, las cosas no funcionan tan paradigmáticamente. Y eso se desprende tanto de las acciones de los individuos fundadas en su iniciativa, como de la naturaleza misma de los principios o fundamentos de la época moderna.

²³ Orwell, George, 1984, p. 9.

²⁴ Miller, Marc Crispin, "Big Brother is You, Watching" en *Boxed In*, p. 314 (la traducción es mía).

En primera instancia, “el hecho histórico decisivo es que lo privado moderno en su más apropiada función, la de proteger lo íntimo, se descubrió como lo opuesto no a la esfera política, sino a la social”²⁵. Y, no obstante, en ambos, en lo público y en lo social, lo íntimo encuentra sus límites, sus pautas y a ambos hace llegar sus creaciones. Compleja relación entre los tres ámbitos, lo cierto es que la familia nuclear burguesa no podía vivir aislada y, al contrario, era el eje de las relaciones mercantiles y la organización de la sociedad.

Aun cuando la esfera del círculo familiar quiere verse independiente, está en relación de dependencia con la esfera del trabajo, del tráfico mercantil. Y es entonces cuando irrumpe la cosificación de las personas. Simplemente cumplen un rol, actúan un *sketch* que ellos mismos no planearon: el padre se convierte en el sujeto que ha de conseguir dinero, la madre en el “sujeto objeto de comercio carnal”²⁶ o en el esclavo doméstico, y los niños en herederos de la responsabilidad de rendir beneficios futuros según los esfuerzos presentes de sus progenitores. Si se prefiere, en una imagen más contemporánea, los individuos intentan poner en escena una “democracia de las emociones” en el sentido *giddensiano* ²⁷. Poner en escena, al fin y al cabo.

El capitalismo hace de las personas (el trabajo) y de la naturaleza objetos, instrumentos, cantidades. Y el capitalismo se expande incluso hasta tocar el supuesto espacio incorruptible en que los individuos desarrollan su humanidad. Y no sólo eso: el anverso de las ideas ilustradas consiste en una destrucción de lo aclamado en ellas mismas:

“La revolución burguesa proclamó los derechos del hombre, pero al mismo tiempo los pisoteó en nombre de la propiedad privada y del libre comercio; declaró sacrosanta la libertad, mas la sometió a las combinaciones del dinero; y afirmó la soberanía de los pueblos y la igualdad de los hombres, mientras conquistaba el planeta... Así, el verdadero problema no reside en la fatal degradación de los principios, ni en su confiscación, para uso propio, por una clase o un grupo, sino en la naturaleza misma de esos principios”²⁸.

La cita de Octavio Paz, aunque larga, sintetiza muy bien lo que por su parte proyecta Orwell. Los Estados (lo público) pueden ensancharse, aún en el neoliberalismo se ensancha, con el afán de vigilar los más sutiles movimientos, y prevenir las desviaciones. Los medios de comunicación, las propias novelas (la “épica de la sociedad moderna”), la discusión sobre los asuntos de interés general, la propaganda, dictan modos de pensar, presentan estímulos esperando respuestas. La sociedad (lo privado social) indica las “buenas maneras”, los patrones de comportamiento que, en reuniones o en la propia habitación de la casa, deben seguir los individuos.

²⁵ Arendt, Hanna, *op. cit.*, p. 49.

²⁶ Habermas, Jürgen, *op. cit.*, pp. 287, nota 48.

²⁷ Giddens, Anthony, *Un mundo desbocado*, p.76.

²⁸ Paz, Octavio, *El arco y la lira*, p. 222.

Disciplinas, reglas... implícitas la mayoría de las veces, impersonales en tanto que no hay un ente único que las impone o resguarda... El Partido Interior penetra en todos los rincones de Oceanía, subyuga la introyección, declara la abolición del *librepensar* en aras de una seguridad total. El Gran Hermano y el Partido Interior lo ven todo, lo penetran todo, son todo. Empero, son nadie. No hay *alguien* detrás. No hay nada.

¿Quién, detrás del modo en que actuamos, pensamos, sentimos? ¿Quién, sosteniendo el gran engranaje del todo en que habitamos? ¿Y si las reglas, la seguridad en el todo, el poder por el poder, el manual de usuario, constituyen la salida moderna a la soledad? En Oceanía no hay espacio público ni social ni, por tanto, íntimo. El individuo no está solo. Excepto Winston Smith en las primeras dos partes de la obra, todos saben cómo funcionan las cosas y dónde están las respuestas. Todos visten *monos*, todos gritan ante Goldstein, todos trabajan 60 horas a la semana sin liberar la libido más que cuando al propio superestado convenga.

En nuestra sociedad, las verdaderas respuestas no están en la plática con el psicoterapeuta sino después, en el regreso a casa: el camino es conocido, los semáforos indican "siga" cuando están en verde, la puerta se abre con la llave indicada, los parientes llegarán también a casa luego de sus respectivos trabajos, todos verán la televisión mientras platican un poco sus experiencias, la cama los espera para descansar hasta las seis de la mañana del día siguiente.

¿Una salida a la tragedia de la discontinuidad?

Y, sin embargo, la trasgresión existe. No tanto en 1984 cuanto en nuestro mundo. No sólo quien pasa el semáforo en rojo, ni en quien entra por la puerta trasera, sino en la actividad cotidiana de cada humano que, en tanto que humano, reflexiona, crea, elige. Según Marx, "los hombres hacen la historia..." aunque no deciden las circunstancias en que la hacen. Quien decide colocar el *mapamundi* de cabeza, quien colorea de azul el pasto y verde el mar, quien canta a las llamadas "perversiones" en un poema, quien decide usar un mismo saco todos los días... pero también quien trabaja de ocho a cuatro, quien lava los trastes cada vez que alguien los ensucia, quien escucha la radio... todos decidimos, todos elegimos.

¿La esperanza?

La soledad persiste.

También el deseo de salir de ella.

Morelli

Bibliografía

- Arednt, Hanna, *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 1993.
- Auster, Paul, *El palacio de la luna*, Anagrama, Barcelona, 1999.
- Bataille, Georges, *El erotismo*, Tusquets, Barcelona, Col. Ensayo, tercera edición, 2002.
- Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Siglo XXI, México, 1981.
- Bobbio, Norberto, *El Futuro de la Democracia*, FCE, México, 1984.
- , *Estado, gobierno y sociedad*, FCE, México, 1985.
- Castells, Manuel, *La Era de la Información*, Volumen I, Siglo XXI, México, 1999.
- Giddens, A., *Modernidad e identidad del yo, El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Península, Barcelona, 1997.
- , *Un mundo desbocado*, Taurus, México, 2001.
- Gómez de Silva, Guido, *Breve Diccionario Etimológico*, FCE, México, 1988.
- Habermas, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Gustavo Gili, Barcelona, sexta edición, 1999.
- Miller, Marc C., *Boxed In*, Northwestern University Press, 1988.
- Montenegro, Walter, *Introducción a las doctrinas político, económica*, FCE, México, 1983.
- Orwell, George, *1984*, Destino, Barcelona, Vigésima edición, 1999.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, [1950] FCE, México, segunda edición, 1972.
- , *El arco y la lira* [1956], FCE, México, tercera edición, 1998.
- Touraine, Alain, *¿Podremos vivir juntos?*, FCE, México, 1997.
- Toffler, Alvin, *La Tercera Ola*, Edivisión, México, 1981.
- Whitaker, Reg, *El Fin de la Privacidad*, Paidós, México, 1999.
- Ramírez Zozaya, Juan Miguel, "Habermas: historia y crítica de la opinión pública" en Pineda Guadarrama, Juan de Dios (coor.) *Textos clásicos comentados para un fin de siglo*, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, A.C, México, 1999.